

## RIVA-AGÜERO Y LA HISTORIA REPUBLICANA

*Percy Cayo Córdova*

Pocos autores, en nuestra historia, han concitado tanta atención como don José de la Riva-Agüero y Osma.

De alguna manera, el conversatorio de esta noche\* es un homenaje en el centenario de su nacimiento, pero es también oportunidad de volver a reparar en su admirable tarea de historiador.

Creemos que la empresa historiográfica de Riva-Agüero convocará muchas veces más a otros auditorios y a otros expositores; ésta es una de las demostraciones definitivas del excepcional valor de su obra; y creemos no pecar de profetas.

Raúl Porras Barrenechea, de los más profundos conocedores de su obra entre los hombres de su generación, no vaciló en calificarlo como "el más solvente y autorizado historiador de los Incas, a la manera clásica... por la extraordinaria riqueza de su cultura humanística que le daba dominio pleno sobre todas las disciplinas conexas de la historia, como por la vigorosa originalidad de su espíritu. . ." (*Fuentes Históricas Peruanas*, 1983, p. 172).

Mas sin desmentir su propia afirmación, el mismo Raúl Porras subrayó: "Riva-Agüero abarcó con igual solvencia toda la historia del Perú desde las épocas de la prehistoria exhumadas por la arqueología, como la época española y el período republicano, con un sentido de peruanismo integral ajeno a todo caciquismo histórico. En todo momento trató de exaltar los legados anímicos de las diversas épocas y estratos etnográficos, ya fuera el alma quechua del Incario que caracterizara admirablemente o el mensaje cristiano de la civilización española. Concibió al Perú como un país de sincretismo y de síntesis, en que las regiones físicas se compenetraban, en que hay un maridaje constante del mar y de los Andes y una tendencia histórica a la fusión y la armonía. El Perú era para él "un país predominantemente mestizo constituido no sólo por la coexistencia sino por la fusión de las dos razas esenciales". "Aun los puros blancos —dijo— sin ninguna excepción tenemos en el Perú una mentalidad de mestizaje derivada del ambiente, de las tradiciones y de nuestra

---

\* Realizado el 5 de setiembre de 1985 en el Auditorio del Banco Continental, como parte del programa de homenaje a Riva-Agüero en el centenario de su nacimiento.

propia y reflexiva voluntad de asimilación". Pero dentro de esta concepción, su mentalidad y su tradición de hombre de imperio le impulsaba a preferir los períodos en que se ponía de manifiesto el apogeo y la grandeza del Perú en el orden civilizador. Amó, por eso, profundamente la tradición incaica y el alma quechua que la inspiró, vivía como cosa familiar la historia del Virreinato y en la República no pudo ocultar su simpatía entusiasta hacia la Confederación Perú-boliviana, realización del sueño de un gran Perú".

Extensa la cita —qué duda cabe—, pero creemos que en ella no hay desperdicio, sintetiza mucho de lo que más tarde se ha reflexionado sobre el pensamiento de Riva-Agüero; a partir de ella podemos exponer ahora algunas consideraciones.

Por razones de tiempo, debo limitarme al Riva-Agüero historiador de la Emancipación y la República; por razones obvias —tal vez faltó en el panel un especialista en literatura republicana—, dejamos de lado el libro "auroral" de Riva-Agüero: *Carácter de la Literatura del Perú independiente*, su juvenil tesis que bien podía explicarse por ser obra de quien ingresó —1902— a la universidad "precedido de la reputación de niño prodigio, por su gran erudición y feliz memoria", según nos cuenta V. A. Belaunde en "Mi Generación en la Universidad", el volumen II, de sus *Memorias*. De todos modos, convocó la admiración de muchos, y como lo señalaba el recordado maestro José Jiménez Borja, en el Prólogo a esta tesis de bachiller, "sorprendió, no obstante el prestigio ya divulgado del autor, por la doctrina e imponente información, por el señorío de las demás literaturas que le facilitaba el acierto en las comparaciones, por la profundidad y seguridad del juicio, por la transparencia y complejidad renacentista de la prosa". Pero habíamos dicho que debíamos dejar de lado, a pesar de su mayúsculo significado para nuestra Literatura, esta obra que con justicia ocupa el volumen I de las Obras Completas del autor, empeño editorial que la Pontificia Universidad Católica viene llevando adelante.

Como otros hombres de la inmediata —posterior generación—, pensemos en el mismo Porras que ya hemos mencionado y en Jorge Basadre— Riva-Agüero precursoramente recorrerá con seguridad los caminos de la Literatura y de la Historia.

Cinco años después de su maciza contribución al conocimiento de la Literatura peruana — más allá del tenue y casi tímido título de su trabajo primigenio: *Carácter de la Literatura del Perú independiente*—, Riva-Agüero asombró al ambiente intelectual de la época, al leer su tesis doctoral *La Historia en el Perú*. Era 1910; dos años antes, había concluido sus estudios universitarios. No sin fruición, en su excelente semblanza de don Ricardo Palma, con motivo del centenario del nacimiento del tradicionista (1933), recordará Riva-Agüero "su venerable e insólita asistencia personal en la Facultad de Letras, con que quiso realzar las ceremonias de mis grados académicos"; ahora se nos antoja pensar que puede ser la admiración —y la impresión excepcional que le produjo el contacto —a los ocho años de edad— (según él mismo cuenta en el mismo texto) lo que lo llevaría a esa vocación por la literatura y por la historia, que son también —bueno es no olvidarlo— materias en las que por igual transitó D. Ricardo, "benigno brujo que convertía lo lejano en próximo, lo muerto en redivivo, y que nos hacía contemporáneos de lo pasado", como lo describe en el texto antes citado. ¿No hay mucho de eso en el quehacer historiográfico

del gran polígrafo? Sí; lo reconocemos así en muchas páginas de sus *Paisajes Peruanos*, o en su evocación del Elogio de Baquijano y Carrillo al virrey Jáuregui en agosto de 1781.

Volviendo a la *Historia en el Perú*, ¿qué decir de esta obra, fundamental dentro de la producción histórica de Riva-Agüero, que hasta hoy no se haya dicho? Creo que es enorme pretensión querer ser originales luego de que tan autorizadas voces han expresado con sapiencia y galanura sus opiniones.

De ella ya dijo Raúl Porras Barrenechea: "Con ella puso Riva-Agüero los cimientos de la historiografía peruana, mediante el estudio preliminar e imprescindible de las fuentes históricas. Toda la historia posterior que se ha hecho en el Perú aun de los que le contradicen y niegan, ha tenido por andaderas este libro de consulta fundamental". Este juicio, en términos muy semejantes, lo hemos oído de labios del recordado historiador de la República, Jorge Basadre; muchos en este auditorio pueden dar fe de que, casi a la letra, son términos que también hemos escuchado a don Luis Alberto Sánchez. ¿Qué podemos decir de obra que ha alcanzado los elogios de lo más representativo de la llamada "Generación del Conversatorio Universitario", de este libro, "el más extenso y orgánico de su obra", en opinión de mi buen amigo César Pacheco Vélez?

Habría que subrayar que con él —con Riva-Agüero y con esta obra— se abren los estudios historiográficos en el Perú. Con anterioridad tan sólo Jiménez de la Espada se había acercado al tema, hacia 1879, en sus "Tres relaciones de antigüedades peruanas".

Sobre esta misma huella, Basadre dedicó los primeros párrafos de su enjundioso Prólogo al libro que en estos momentos comentamos, *La Historia en el Perú*, tomo IV de las *Obras Completas*; digo dedicó los primeros párrafos de él a demostrar con abundosas citas, que cuando aparece esta obra juvenil, por el momento cronológico del autor, pero de anacrónica madurez, por la sabiduría del decir, no se habría dado en ningún otro medio un trabajo como el de nuestro homenajeado de esta noche. No sería pertinente en este momento pasar lista a la impresionante relación de obras posteriores que menciona Basadre; habría que remitirse al texto que hemos citado para confirmar el enorme valor del trabajo de 1910.

A partir del estudio de las obras de Mariano Felipe Paz-Soldán y del General Manuel de Mendiburu, hará Riva-Agüero un eficiente rastreo de nuestra historia republicana. Hay tantas y tan variadas menciones de ella, acompañadas de comentarios, reflexiones y críticas tan sesudas, que sería un buen trabajo —tal vez ahora que las computadoras invaden nuestros predios— "escribir" una Historia del Perú, es decir una Historia de la República del Perú, a partir de la Historia en el Perú, y los otros trabajos de don José de la Riva-Agüero. ¿Acaso, por ejemplo, en su monografía sobre don Ricardo Palma —ya mencionado esta noche— no encontramos clarísimas opiniones sobre Gamarra, Salaverry, o —qué duda cabe— José Balta? ¿Cuánto no podría contribuir también a esta imaginaria y volandera tarea, *Paisajes Peruanos*?

Lo que quiero resaltar ahora, es que hay en *La Historia en el Perú* una profundidad extraordinaria, que algunas veces se olvida; por ejemplo, las valiosas reflexiones que realiza de orden económico-social, para resaltar tan sólo sus vigorosas —vi-

gorosísimas, podríamos decir— convicciones monárquicas, que muy claramente expresa, o su apasionada exaltación de la Confederación Perú-boliviana.

Dos menciones más me permitiré en torno de esta obra. Una: el Epílogo (del que tal vez en estricto orden cronológico debía haberme ocupado al final); aunque sea lugar común, debemos repetirlo, así son los lugares comunes, es pieza antológica, ya sea por su elegancia en el bien decir —por su excelencia literaria— como por su mensaje para más adelante. Propugna allí Riva-Agüero una verdadera nueva perspectiva en orden a la historia nacional; hay allí un mensaje, como tal a futuro, de cómo se debe comprender nuestra historia. La riqueza de su contenido hace indispensable salvar la tentación de cualquier cita, que por lo demás creo sería impertinente ante auditorio tan calificado.

La otra mención, aunque no novedosa, sí algo postergada u olvidada, es la preocupación de Riva-Agüero, en años posteriores, por ampliar y corregir su obra. Como lo recordaban Jorge Basadre y César Pacheco, en el Prólogo y Nota Preliminar respectivas, de la edición de *La Historia en el Perú* (tomo IV de *Obras Completas*), Riva-Agüero fue realizando rectificaciones o algunas supresiones sobre el texto de 1910 probablemente en la esperanza de reeditar, ya con ellas, su obra fundamental. Bien sabemos que la vida no le depararía llevar a buen término tal proyecto. La segunda edición de dicha obra —Madrid, 1952— ya incluyó algunas notas y añadidos, según lo señalaba en la Advertencia don Miguel Lasso de la Vega, Marqués de Saltillo.

*Paisajes Peruanos*, fue obra que debió correr similar proyecto. Piensa Porras en su magistral Estudio Preliminar que la obra ya escrita permaneció “guardada en la gaveta del maestro, en búsqueda de una perfección no lograda para su autor insatisfecho”. Pero este tema, que vincula este texto con la *Historia en el Perú*, por la misma preocupación de perfección que se descubre en uno y otro, no es lo más significativo en ellas. Sabemos, es bien sabido, que gran parte —la mayor de ellos— de los capítulos, fueron dados a conocer en las páginas del *Mercurio Peruano*; tan sólo dos capítulos y otros fragmentos permanecieron inéditos.

¿Qué son los *Paisajes Peruanos*? Un diálogo con el paisaje, la tierra, a los que se acerca Riva-Agüero, bien premunido, para interrogarlos con sagacidad y sapiencia. ¿Premunido? ¿Premunido de qué, valdría preguntarse? Pues, premunido de ese enorme bagaje de conocimiento que había acumulado en tediosas pero enriquecedoras horas de lecturas sin fin. ¿Premunido de qué? premunido, por ejemplo, de los *Comentarios Reales*, para reconstruir con precisión el Cusco imperial, ese Cusco donde fue recibido, según ha contado José Gabriel Cosío, “por una frenética manifestación pública de entusiasmo, encabezada por los Samanez, los rebeldes amnistiados en cuyo favor alegara Riva-Agüero en Lima, y que le acogieron ruidosamente en la estación del ferrocarril. Le rodearon en el Cusco los intelectuales jóvenes y futuros discípulos como el propio Cosío que le hizo padrino de su hijo José Carlos y Luis E. Valcárcel que le dedicó su primera tesis universitaria “en homenaje de sincero afecto”.

Quiso Riva-Agüero, sin duda, conocer el Perú. Y conocerlo de la mejor manera. Creo que en Toynbee he leído que en un viaje mientras peor es el medio de loco-

moción, más instructivo resulta. Pienso que así lo quiso Riva-Agüero. Se ha dicho y lo repetimos: no fue viaje de turismo frívolo; fue peregrinación a las fuentes de la Patria; a encontrarse con las piedras y las "cochas"; con el andén y el camino; con el hombre andino y su contorno: la flora y la fauna; fue el encuentro del paisaje peruano, que él identifica con el paisaje de la Sierra; no resultaba equívoco el nombre; por qué no llamar paisaje serrano, a las notas en que efectivamente fue recogiendo tanta información de ese viaje excepcional; porque para él la sierra era no sólo la "cuna de la nacionalidad", sino debía ser "por toda especie de razones geográficas e históricas, la región principal del Perú" y por ello consagra también —mensaje preterido por muchos, pero del cual él fue precursor—, que "la suerte del Perú es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dable abandonarlo sin suicidarse"<sup>1</sup>.

Extasiado ante el paisaje, Riva-Agüero reflexiona en torno de nuestra historia; en torno de lo que fue y lo que pudo haber sido; no lo sedujo la reflexión superficial o ligera; se adentró en la interpretación enraizada en el paisaje y la obra del Hombre; como en muchos otros textos, su búsqueda capital fue en torno del ser del Perú, del destino y la ruta de la nacionalidad; quiso señalar el rumbo que la Historia, el pasado, nos orientaba; como el viajero que en medio de su marcha, al sentirse desorientado, vuelve la cabeza para reconstruir la ruta que ha venido siguiendo, para mejor ubicar el destino a seguir, Riva-Agüero vuelve la mirada, interroga al pasado, a los muertos, al escenario y al tiempo, para decirnos de dónde venimos y hacia dónde debemos ir; en el trance, nos descubrirá qué somos.

Frente a la crisis que vive el país, fue durísimo crítico. Quizá nadie, tan repetidas veces, y explotando toda ocasión, incidió en la crítica a la República que había preterido al indio, y a la clase dirigente que no había sabido darle el rumbo adecuado al Estado. En alguna oportunidad César Pacheco Vélez ha comentado (*Apuntes*, N° 3, en ocasión de la reseña del libro *Conversaciones* entre Basadre y Macera), los mejores textos al respecto extraídos de *Paisajes Peruanos*; alguien podría pensar que allí se agota la crítica de Riva-Agüero; se equivocaría de plano. Reléanse las páginas de su concienzuda semblanza de Grau, cuando cree ver en el Perú de entonces —la semblanza la escribe en 1934 en ocasión del Centenario del nacimiento de nuestro máximo héroe— condiciones semejantes a las que nos condujeron a la *débaçle* de 1879; qué poco se ha reparado, por ejemplo, en su excelente biografía de don José Baquijano y Carrillo, cómo le desagrada el deseo de éste de "disculpar a los españoles por la disminución de los indios"; crítica también sus conclusiones, por las cuales el porvenir del Perú estaría "casi exclusivamente en la minería, y que, sin descuidar por completo la agricultura, debemos conceder a ésta muy secundaria importan-

1 Creemos, sin duda, que la voluntad de Riva-Agüero, de haberse publicado "Paisajes Peruanos" en vida del autor, hubiera sido darle otro título. Sin excepción, todos los capítulos de este libro póstumo que se publicaron con anterioridad a la primera edición (1952), en vida del autor, llevaron por títulos "Por la Sierra" o "Paisajes Andinos", o ambas frases. Habría que aceptar así, que fue voluntad de los editores que apareciera con el título con que hoy lo conocemos: *Paisajes Peruanos*; mas, repetimos, no creemos que ésa hubiese sido la voluntad del autor.

cia y reservar para aquella nuestra mayor diligencia". Aunque señala Riva-Agüero que ésas pudieran ser ideas de hace 115 años, releva el hecho de que ahora (escribe en 1906) las irrigaciones del litoral no serían tan costosas y "que, puesto que el laboreo de las minas tiene que hacerse en el Perú casi por completo con capitales extranjeros, si a la minería principalmente nos atenemos, los tesoros del suelo peruano irán a aprovechar a otros países, y apenas en mínima parte enriquecerán a nuestros compatriotas; y que, por fin, una nación no puede desdeñar el fomento de la agricultura y de la industria fabril, y convertirse en mero campo de extracción, sin gravísimos peligró para su libertad e independencia". Cuánto de vigencia tienen hoy estas expresiones de Riva-Agüero. Claro que él añadía: "Verdad que ninguna de estas consideraciones era entonces aplicable". Igual podemos decir hoy nosotros. Pero respecto a sus reflexiones sobre el porvenir de nuestra minería y agricultura, ¿cuánto de verdad entrañaban?

¡Cuántas enseñanzas se desprenden de la tarea historiográfica de Riva-Agüero! Incontables. Importa señalar lo múltiple de la labor pedagógica que a través de la Historia se puede y se debe realizar. Ese es el halo que alienta toda su labor historiográfica. Por eso aún nos admira —permítasenos manifestar nuestra perplejidad—, cuando volvemos a pensar en don José, en cada nueva lectura de sus obras, verdadera aventura por una mejor comprensión del Perú. Lo que sin duda lo hubiera satisfecho mucho. Así queda, mejor que de cualquiera otra forma, cumplido nuestro mejor homenaje.